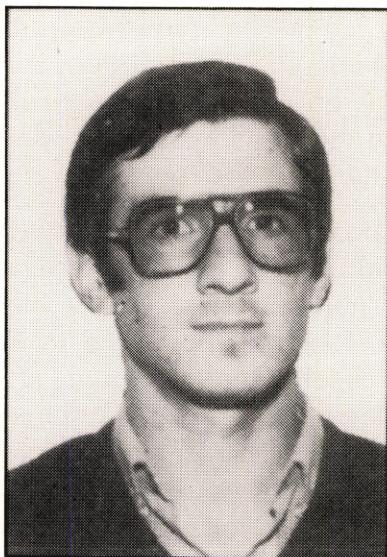


MALABO-ELA NGUEMA (Guinea Ecuatorial)



RAFAEL BALLESTEROS ARRANZ

Queridos hermanos:

En la tarde del pasado día 2 de enero recibíamos con estremecimiento la noticia de la caída de un aviocar en Bata, en el mar a escasos kilómetros del aeropuerto de dicha capital ecuatoguineana, de donde acababa de salir. Todos los pasajeros murieron, entre ellos varios miembros de nuestra Familia Salesiana: sor Nieves Domínguez, sor Juana Alonso, sor Araceli Moreno, sor Ursula Bosara, Rafael Ballesteros Arranz, miembro de nuestra comunidad, y su hermana Rufina Ballesteros. Los que seguisteis habitualmente los medios de comunicación españoles tuvisteis abundante información sobre las circunstancias del accidente.

Rafa había llegado a nuestra comunidad de Malabo-Ela Nguema el 28 de septiembre de 1985. Don Aureliano, el señor Inspector, al comunicarle su destino, le escribía: «... allí puedes contribuir a la formación de buenos maestros. Es una buena tarea. Tendrás también campo para tu sacerdocio todavía tierno. Todos esperan del sacerdote la palabra, el consuelo y el perdón». El no había pedido directamente venir a Guinea Ecuatorial. Pensaba, más bien, en América. Pero aceptó con verdadera disponibilidad esta otra propuesta; sencillamente contestó: «Creo que me hace falta una experiencia de este tipo», nos recordaba don Aureliano en los funerales celebrados en Iscar.

Así pues, con su título recién estrenado (Licenciado en Filosofía) y con su ilusión de joven sacerdote se vino para acá, y comenzó a trabajar: impartía clases en el Instituto Nacional de Enseñanza Media «Rey Malabo» y en la Escuela Normal de Magisterio. Era el capellán de la comunidad de Hijas de María Auxiliadora del colegio E. Waiso Ipola, a la que pertenecían las hermanas fallecidas en el accidente. Por otra parte, atendía la mañana de los domingos a los poblados de Cupapa y Basuala-Misión. En nuestra parroquia de Ela Nguema se sentaba las tardes de sábados y domingos a confesar; también tenía a su cargo la catequesis parroquial de Confirmación, y un nutrido grupo de ancianos a los que visitar y llevarles la Comunión. Como podéis ver, un amplio campo de trabajo en el que todos añoramos su ausencia.

Rafael nació en Iscar (Valladolid), el 8 de noviembre de 1955. Era el cuarto hijo de don Teodoro Ballesteros y Felicitas Arranz. Siempre se sintió orgulloso de su familia y de su origen castellano.

De su familia no hablaba mucho. Pero una abundante correspondencia con sus padres y hermanos nos ha dejado entrever esa intensa y entrañable relación familiar que tanto le había enriquecido. Rafael era afectuoso por naturaleza; esto y su experiencia familiar le llevaban a gozar de la amistad, de una relación cálida y cercana, abierta a una profunda comunicación. De este estilo de amistad que marcó su sacerdocio cuánto nos po-

testimonio de su oración personal diaria cada noche, el afán por llegar con cariño a los ancianos enfermos, el ejemplo de su amistad hacia los jóvenes y la gente de los poblados. Ese era su esfuerzo. Por ello luchaba, y trataba de superar el cansancio. De ahí su intento por comprender la vida, las dificultades, los problemas de este pueblo y sus gentes, de los jóvenes, dominando la impaciencia y la tentación del abandono.

Con secreta emoción, durante semanas, había preparado la visita de su hermana Rufina. El deseo de conocer esto, lo que hacía su hermano, y el gozo del encuentro familiar le habían impulsado a ella a venir a Guinea. El mismo día de su llegada a Malabo, el 27 de diciembre pasado, marcharon a Bata. Y visitando la región continental gozaron de la hospitalidad de comunidades religiosas y del conocimiento de su labor apostólica; gustaron de la belleza de aquellos lugares, y del contacto con gentes de otra cultura, con otro estilo de vida. Fue una experiencia feliz para Rufina, para Rafael, y para las salesianas que les acompañaron. El resto, el accidente y sucesos posteriores, es conocido para muchos de vosotros.

«¿Qué quiere decirnos Dios con todo esto?», me preguntaban algunas personas cuando estuve en Bata a recoger los cadáveres. No sé. Tal vez cada uno hace su lectura del acontecimiento, según su propia experiencia:

Un profesor, compañero de Rafa en el Instituto, nos escribía: «Para mí también pervive su sonrisa perenne de persona sana, de buena gente, como por aquí se dice». Y añadía, refiriéndose también a las salesianas: «Creo que su muerte, esa precisa muerte, ha sido excesiva, indecente, si se piensa que para ciertas vidas que, por decirlo así, se eligen, debe haber muertes consecuentes; sus vidas me parecen procesos injustamente acabados».

Otros hemos hecho un inmenso silencio en nuestro interior, y hemos tratado de reavivar nuestra fe en el Resucitado.

Otros desde esa misma fe auguran que su muerte será fruc-

tudios de Filosofía en la Complutense. El 28 de abril de 1984, en la Parroquia de María Auxiliadora de Atocha, es ordenado sacerdote por monseñor Capmany. Terminados sus estudios, recibe la invitación de venir a Guinea, invitación que aceptó gustoso, tal como he recordado.

Y para acá se vino tratando de cumplir la misión encomendada: formar a estos jóvenes guineanos ofreciéndoles su «saber» y su sacerdocio, siendo verdadero amigo para sus alumnos y ofreciendo a todos su palabra de consuelo y perdón como sacerdote.

Quiso darse por entero, y lo hizo. Pero no le fue fácil. El primer año entre nosotros, curso 85-86, sufrió el choque, el «cambiaz», que significaba venir a un ambiente tan diferente de Madrid como es éste de Malabo: cultura, clima, ambiente escolar, trabajo pastoral, la misma vida comunitaria en su concretez... todo es distinto. Rafael acusó el golpe: como profesor de Filosofía era inexperto, como sacerdote traía ilusiones no rodadas. Fue un esfuerzo grande el que hizo para dar con profesionalidad sus clases, y sin desánimo realizar su labor sacerdotal. En alguna ocasión le vimos serio, el recuerdo de lo dejado parecía poderle a veces. Pero fácilmente se sobreponía, y volvía a poner en nuestra comunidad la nota de alegría y desenfado, tan propia de su forma de ser.

En el actual curso estaba ya más compenetrado con su labor aquí. Creo que puedo afirmarlo. La seguridad adquirida en su primer año de profesor, el conocimiento de la realidad logrado en los poblados y en la parroquia de Ela Nguema, una mayor adaptación al clima, y también un horario mejor distribuido, le permitieron iniciar el curso con mayor alegría y decisión. Incluso pudo hacerse cargo de la economía y de la organización de las labores domésticas de la comunidad.

Trató de vivir con generosidad, día a día, superando añoranzas («todavía no he quemado las naves», comentaba). Deseó vivir plenamente como salesiano y sacerdote. Le vimos preparar con constancia sus homilias, sus catequesis. Recibimos de él el

drían contar los jóvenes de Confirmación y los ancianos de nuestra parroquia, algunos jóvenes cooperadores de Madrid, muchos de sus alumnos, y sus compañeros de equipo de pastoral y catequesis.

En el año 1966 marchó al aspirantado de Mohernando, etapa de formación que completó en Arévalo. No fue fácil para Rafael dejar su familia y su pueblo. En la homilía de su Primera Misa, lo confesaba a sus paisanos: «Sufrí un desgarrón al dejar el pueblo». Superó la prueba porque, dicho por él mismo, en el seminario y en sus compañeros encontró una nueva familia.

Hablaba con cariño de su tierra, de su pueblo, de «Pucela» (su equipo de fútbol, que todos los domingos iba a «arrasar»). En ese entorno de su niñez, reconocía Rafa todo un conjunto de calores en los que descansaba su vocación. El día de su Primera Misa recordaba, de un modo especialmente afectuoso, la aportación de sus mayores y del que fue su párroco, a su vocación sacerdotal.

Hizo el noviciado en Astudillo, el curso 72-73; seguidamente, en Guadalajara, el COU. El primer ciclo de estudios eclesiásticos, alternados con los de la UNED, lo realizó en Medina del Campo de 1974 a 1977. Y a continuación, durante dos años, trabajó entre los aspirantes coadjutores de Carabanchel. El mejor testimonio de esta etapa nos lo aporta su amigo íntimo Francisco Javier Zapata, como ya pudisteis leer en «En Familia»: «Son unos años bonitos en nuestras vidas: todo el día estamos trabajando codo a codo en la clase, en el patio, en el dormitorio, en el cuarto de clérigos, en los momentos de diversión... Le distingue su entrega generosa, su capacidad de encuentro con los muchachos y su alegría compartida. En la comunidad Rafa siempre pone la nota de alegría y desenfado. Años muy felices que después hemos recordado con agrado».

Rafael completó su formación teológico-sacerdotal en Salamanca y Madrid, durante los cursos que van de 1979 a 1983, año éste en que es ordenado diácono y destinado al colegio de Estrecho. Allí, además del trabajo en el colegio, finaliza sus es-

tífera y nutrirá el esfuerzo evangelizador de los que aquí estamos.

Otros, no sé...

Pero yo me atrevo a ofreceros la interpretación de Rafael. La dio el 24 de junio de 1984, en Iscar, donde celebró su Primera Misa para su pueblo, con su gente: «*Dios me ha mimado como a un hijo querido*». Lo dijo convencido, con énfasis. Lo pude oír en la grabación que guardaba entre sus cosas. Lo repitió en el segundo aniversario de su ordenación sacerdotal, en la Eucaristía celebrada con los seminaristas diocesanos de Banapá, aquí en Malabo. Con esa confianza de saberse amado, vivió. Y pienso que con ella murió. Nosotros creemos que su confianza no ha sido defraudada.

Nos consolaría saber que recordáis en vuestra oración a Rafa, a Rufina, y a nuestras hermanas que con ellos fallecieron. Que gocen del amor y de la presencia del Dios de la Vida. Recordadnos también a nosotros.

Un saludo cordial y fraterno a todos. En nombre de la comunidad de Malabo-Ela Nguema.

VICENTE L. GRUPELI GARDEL
24 de febrero de 1987

DATOS PARA EL NECROLOGIO: Rafael Ballesteros Arranz, nacido en Iscar (Valladolid), el 8 de noviembre de 1955; muerto (en accidente aéreo) en Bata (Guinea Ecuatorial), el 2 de enero de 1987, a los 31 años de edad, 13 de profesión religiosa, y 2 de sacerdocio.